

apoyo de Austria, si en vez de declarar apócrifa la declaración de los aliados de 13 de Marzo, que Caulaincourt, ahora también ministro de Estado, se veía obligado á declarar auténtica y formal, —13 de Abril de 1815, — es decir, si en vez de repetir en todos los tonos que el imperio era la paz, hubiese dicho que el imperio era la continuación de las guerras de la revolución, su restauración no hubiera sido tal vez tan fácil ni tan rápida, pero á lo menos hubiese tenido resueltamente al pueblo enardecido con el recuerdo de Marengo. Ahora los soldados de

Rusia, de Alemania y de España, no se sentían dispuestos á ir de nuevo á la muerte por un emperador y por un imperio que tantas veces les había sacrificado á sus intereses. Estos soldados sumaban doscientos cinco mil hombres; al llamamiento de Napoleon sólo acudieron sesenta mil, la genté de las grandes ciudades y de sus alrededores.

En el armamento de la guardia nacional se procedió también con indecisión. Contábase con reunir dos millones doscientos cincuenta y cuatro mil hombres, y no se ordenó sino la organización de tres-



Ney se pronuncia por Napoleon

cientos mil, pero no se pudo llegar á regimentar mas que la mitad y aún la mitad de esta mitad no había recibido las armas al eclipsarse para siempre la estrella de Napoleon en Waterlloo.

En el día 1.º de Junio, al salir á campaña Napoleon, el ejército activo constaba de solo doscientos setenta y siete mil hombres, pero solo entraban en línea unos doscientos mil. El país abandonaba al imperio y á la revolución. Este es el resultado de las situaciones poco francas. Nadie creía en el imperio pacífico, nadie creía en el imperio liberal. Napoleon que siempre gustó conservar la ficción democrática sobre el origen de su poder, Napoleon que sometía ahora al plebiscito su *Acta adicional* que no reunía mas que millón y medio de votos favorables, siendo pocos los votos en contra, pero numerosísimas las abstenciones. Napoleon no supo, conforme á ese mismo origen de su poder, sacrificar su corona, ó mejor ponerla en manos del pueblo para que se la volviera á poner en sus sienes, si conseguía arrojar á los ene-

migos de Francia del otro lado del Rhin, y esto le perdió. El hombre de Austerlitz no quería decididamente ser el hombre de Leoben.

Había llegado el momento supremo, y en estos casos apurados siempre reaparecía el gran soldado. El 7 de Junio se despedía de las Asambleas con un discurso como no pronunciara otro jamás tan noble y franco en su vida. Lanjuinais le cumplió la palabra que le había dado. Diputados y senadores le juraron fidelidad. El día 12 de Junio á la madrugada salía Napoleon de París.

Napoleon iba á luchar contra Napoleon sin un solo aliado. El día 12 de Junio hacía ya tres semanas que no existía el reino de Nápoles.

Murat sin duda creyendo en la unánime decisión de Italia por la reivindicación de su independencia, creyó que bastaba con llamarla á las armas, para que toda Italia se pusiera á su lado, pero Murat no salía de Nápoles como un aliado de Napoleon, como el hombre que iba á reconquistar para su pariente

el rey de Roma el reino italiano, sino como el ambicioso vulgar que quería aprovecharse de las circunstancias para levantarse con el reino entero, y para conseguir esto, al salir de Nápoles, solo dejaba allí la promesa de una Constitución.

Corta fué la campaña. Los austriacos iban cediéndole el paso por todos lados para retirarse detrás del Pó. Bellegarde era suficientemente fuerte para detener á Murat detrás de tan caudaloso río que el temerario general se empeñó en cruzar, siendo rechazado con pérdida, viéndose obligado á retirarse siempre con pérdidas irreparables, porque lejos

de unirse á su ejército los italianos, los que mandaba desertaban de su lado. Alcanzado en fin en Tolentino, allí mismo en donde el Papa Pío VII había abandonado á Bonaparte todas sus provincias, se batió durante dos días con su incomparable bravura, pero el número dió razón del valor y Murat tuvo que retirarse á su reino al que quiso ahora levantar en favor de su causa dando la Constitución que al salir á campaña había prometido, pero ya era tarde, los napolitanos le volvieron las espaldas, y el 20 de Mayo todo había concluído para Murat. Un buque inglés le condujo á Provenza en donde le detuvo una orden



Napoleon en las Tullerías

de Fouché. Napoleon no quería recibirle. Napoleon no quería á su lado á los que le habían servido mal. Sin embargo, en la tarde de Waterlloo le hizo falta.

Sin un aliado, pues, salía Napoleon con sus doscientos mil hombres á combatir los cien mil ingleses, belgas y holandeses que mandaba en Bélgica Wellington, y á quien iban á dar la mano los ciento veinte mil hombres de Blücher.

La coalición contaba hacer la campaña nada menos que con un millón de hombres, pero los ciento setenta mil rusos, y los doscientos cincuenta y cinco mil austriacos, y los sesenta mil austriacos y piamonteses que con treinta y cinco mil suizos debían operar contra Francia por el Valais y los diez mil piamonteses que amenazaban el Var, no podían entrar en operaciones hasta primeros de Julio. Napoleon, pues, podía con anticipación arrojar de Bélgica y de Holanda á ingleses y prusianos si la suerte le favorecía y llegar al Rhin para disputar á los rusos su paso lo mismo que á los austriacos; previendo

esta contingencia es por lo que Wellington convenció á Blücher de que no debían atacar sino defenderse. La gloria de terminar ellos dos la campaña, no había de poder más que el riesgo de comprometerla de una manera definitiva.

Napoleon había salido precisamente de París con la resolución firmísima de ir á buscar á los ingleses y prusianos en donde quiera que estuviesen. Carnot, el día antes de partir le había recomendado una guerra defensiva, que diera tiempo á armar otro ejército de doscientos mil hombres, pero Carnot hablaba á Napoleon y no á Bonaparte. El emperador fué quien le dijo á Carnot: «sí, tenéis razón en principio; pero mi política necesita un golpe ruidoso.» ¿Qué hubiera sucedido si Napoleon hubiese aplastado en Waterlloo á sus enemigos, si hubiese conseguido este golpe de efecto tras del cual también salió á campaña á Alemania? Cuando se piensa en la despedida de Napoleon y de Carnot, no se puede menos uno de felicitarse en nombre de la hu-



manidad por el rápido desenlace de la campaña de 1815.

Si Napoleon hubiese podido acometer á Wellington y Blücher con sus doscientos cuarenta mil hombres, á los doscientos mil que figuraban como combatientes, no hay duda de que entrambos generales hubieran sido destruidos, pero Napoleon solo pudo acometerles con ciento veinticuatro mil combatientes pues el resto lo tenía en las plazas y posiciones estratégicas fronterizas, es decir, extendidas de los Pirineos á Bélgica, de modo que aún cuando fuera esta campaña tan brillante como la del año pasado, los resultados habían de ser los mismos, el número había de acabar en definitiva por vencer al genio y al valor.

Wellington tenía su cuartel general en Bruselas y sus tropas se extendían del mar hasta por las inmediaciones de Namur en donde se había establecido Blücher, cuyos soldados estaban acantonados en una línea que iba de Charleroi á Lieja. Esta diseminación de fuerzas, y las grandes distancias á que estaban los dos generales, decidió á Napoleon á meterse por en medio de los dos, para cortar sus comunicaciones y batirlos por separado. Concentró, pues, su ejército con tanta habilidad como actividad detrás del bosque de Beaumont y enfrente del enemigo el 14 de Junio, sin que aquel llegara ni siquiera á sospechar la peligrosa vecindad que los árboles le ocultaban. Por la noche supo Blücher el peligro que corría y se apresuró á llevar su gente á Sombrefe en la carretera de Bruselas á Namur, en donde había convenido con Wellington que se encontrarían caso de ser atacados. Napoleon al amanecer del 15 emprendía su camino para Sombrefe, pues, había decidido cortar por aquel punto á los dos generales enemigos.

El ejército avanzaba resuelto, pero receloso, dudaba, ¡duda terrible para el soldado! de la lealtad de sus jefes. No podía comprender el soldado como Napoleon podía llevar de jefe de estado mayor á Soult, á Soult en persona, que en el ministerio de la Guerra se había mostrado más ultra que los ultras. Pero Napoleon no podía ahora disponer de Berthier que no quiso separarse de Luís XVIII á quien llegó á acompañar hasta Gante, que no hizo en él mella la conducta patriótica y digna de Mortier y Macdonald. Júzguese, pues, de lo que había de sentir el ejército cuando al ponerse en marcha la división de vanguardia, su general, el antiguo chuan Bourmont, se pasó al enemigo. Lo que no eran antes más que temores y recelos, eran ya á partir de este momento desconfianzas que dieron funestísimos resultados.

¿Esta desconfianza se apoderó también de Napoleon? Lo cierto es que mostró tal indecisión en atacar al enemigo, al prusiano Ziethen, que era quien se iba retirando combatiendo, que á las siete de la tarde aún estaba á dos leguas de Sombrefe deteniendo á dicha hora su marcha entre Lambusart y Fleurus, que la revolución había de morir en los campos mismos en donde había comenzado su carrera victoriosa. ¿Y qué hace Napoleon? ¿Busca un alojamiento ó levantar su tienda entre sus soldados? No. Lo que hace es retroceder é irse á dormir á Charleroi. En esta ciudad estaba aún al medio día cuando llegó allí á escape el mariscal Ney á quien ahora se había decidido á confiar Napoleon el mando de la ala izquierda de su ejército.

Partió Ney, llegó á su cuerpo de ejército y con aquella intrepidez en él tan característica cuando no hacía más que obedecer, se adelantó con solo una parte de sus soldados, por el camino de Charleroi á Bruselas, hasta Frasnés, de donde desalojó á un destacamento alemán que servía al rey de Holanda. Ney no estaba más que á una legua de Quatre-Bras, el centro estratégico de toda esta campaña de Bélgica, pero si bien continuó avanzando por esta dirección el no recibir instrucciones detuvo su marcha, regresando de nuevo á Charleroi á pedírsele á Napoleon, quien le despidió diciéndole que ya se las enviaría por la mañana siguiente.

Cuando todos los cálculos estratégicos de Napoleon se basaban en la hipótesis de que Wellington ni Blücher habían de tener tiempo suficiente para concentrar su gente para hacerle frente, maravilla la flojedad de sus movimientos y el tiempo que perdía. El 15 fué un día completamente perdido, y aún cuando el 16 podía reparar la falta, el 16 se perdió aún de una manera más lamentable que el 15.

Napoleon no dictó sus órdenes á Ney y á Grouchy hasta las ocho de la mañana. A Ney le decía que marchase adelante y que fuera á tomar posiciones á dos leguas más allá de Quatre-Bras, hacia Genappes, de donde destacaría una división para Sombrefe á donde se dirigía Grouchy á quien había hecho mariscal con la derecha del ejército. Para que los movimientos de los dos mariscales le dieran el resultado que él buscaba, esto es, que le abrieran el camino de Bruselas á donde pensaba llegar al día siguiente atacar á Wellington y arrojarlo al mar, era preciso que sus enemigos no se hubiesen concentrado. Los ingleses no lo estaban ni poco ni mucho tanto que, al saber el movimiento de Napoleon, corrieron á concentrarse detrás de Nivelles dejando abandonado á Quatre-Bras á donde se arrojó

indisciplinado é insubordinado el general holandés, Perponcher, que había comprendido que allí estaba el centro de las operaciones. Wellington, al ver reparado su error, se dispuso á sostener á su inteligente divisionario y para ello se fué á Sombrefe á conferenciar con Blücher quien le dijo estaba resuelto á esperar á Napoleon, de lo que no pudo disuadirle el prudente inglés, que hubo de advertirle que no podría seguramente apoyarle en aquel día.

Descontentadizos hubieran sido Wellington y Blücher si no agradecieran á Napoleon el tiempo que les daba para concertarse, ya que en aquel día 16, en el que la actividad había de reparar el tiempo perdido, Grouchy no atacaba á lo que llamaba Napoleon el cuerpo prusiano que tenía enfrente, pues, ya hemos dicho que él no admitía la concentración de sus enemigos, sin embargo, aquel cuerpo lo formaban tres de los cuatro cuerpos de Blücher que reunía á sus órdenes ochenta y siete mil hombres y doscientos veinticuatro cañones, cuando Napoleon no mandaba más que á sesenta y ocho mil soldados y no disponía sino de doscientos diez cañones.

Formaba el ejército prusiano un triángulo delante de Sombrefe resguardándose con las desigualdades del terreno, los arroyos y setos de las propiedades. Napoleon le hizo atacar por Saint-Amand que formaba la cúspide del triángulo, cargando á la vez especialmente sobre el lado que se apoyaba en Ligny, al atacar envió á Ney la orden de que se dirigiera á las alturas de Ruj y de Saint-Amand para concurrir á una victoria tal vez decisiva. La suerte de Francia está en vuestras manos.»

Durante las tres primeras horas del combate, de un combate en el que no se hacían prisioneros, no logró Napoleon más que ocupar al fin á Saint-Amand, pero la carnicería continuaba sobre Ligny cuyo pueblo ardía, sin poder conseguir que Blücher que estaba allí, se retirase.

Iba Napoleon á lanzar sus reservas sobre los prusianos para acabar de una vez, cuando Napoleon divisa sobre su izquierda un fuerte cuerpo de ejército. ¿Son los ingleses? Se dijeron Napoleon y Blücher, y mientras el primero con el temor de que pudieran serlo se ponía á la defensiva, Blücher creyendo que lo serían, enardeció á sus soldados, los arrojó sobre los franceses que fueron cediendo terreno por entre Saint-Amand y Wagnelee, pero Napoleon supo que por el contrario, era su gente, la gente de Ney, la que allí estaba, que eran veinte mil hombres mandados por Drouet d' Erlon, y lanza su gente furioso en auxilio de Vandamme que

sostenía el peso del combate. Al mismo tiempo se enteraba Blücher que no eran los ingleses y como se había metido muy á fondo, resuelve sostener el ataque haciendo un esfuerzo decisivo. El choque, pues, fué tremendo, pero la guardia rechaza á Blücher, á quien apenas si le deja tiempo para correr en auxilio de los que en Ligny hacían esfuerzos desesperados para contener á Napoleon que atacaba en persona dirigiendo las reservas de la guardia. La presencia de Blücher reanima á los suyos. Un batallón de estudiantes alemanes se hace degollar antes que ceder á los coraceros franceses el terreno, pero éstos lo arrollan todo, incluso al mismo Blücher que es derribado de su caballo, pasándole por encima la caballería francesa que no le conoció. Uno de sus ayudantes vino en su auxilio y Blücher pudo reunirse con su derrotado pero no vencido ejército, que dejaba en el campo de batalla al caer la noche diez y ocho mil hombres, y en dispersión á más de doce mil. Los franceses habían tenido, empero, diez mil bajas.

En el momento mismo en que los prusianos se declaraban vencidos en Ligny, llegaba cerca de Wagnelee una parte del cuerpo de Erlon, y á Napoleon se le unía el general Lobau con diez mil hombres de tropas frescas sacadas de Fleurus. La noche había venido; pero la noche nunca había sido motivo para que Napoleon suspendiera una batalla, ó diera una batalla, sin embargo, lejos de mandar á aquella gente de refresco que persiguiera al enemigo que tranquilamente vivaqueaba casi al lado de los vencedores, Napoleon hizo descansar á su gente aún antes de saber lo que le había pasado á Ney.

Ney no pudo tomar la ofensiva sino á la misma hora en que Napoleon empezaba la batalla de Ligny. Como se habían expedido tarde las órdenes, Ney no pudo disponer hasta entrado el medio día de todas sus fuerzas porque Erlon no había concentrado las suyas, y Reille detuvo por algún tiempo dicha operación, temeroso de verse atacado por los prusianos, á quienes á aquella hora todavía no había atacado Napoleon, hé aquí por que Ney no estuvo en situación de atacar á Quatre-Bras hasta las dos de la tarde, y aún esto lo hizo sólo con las fuerzas de Reille, es decir, con veinte mil hombres.

Defendía ahora á Quatre-Bras el príncipe de Orange hijo del rey de Holanda. A punto estaba de ceder al empuje de los franceses cuando Wellington en persona le trajo un refuerzo, pero todo era inútil. La caballería francesa cargaba con su acostumbrada intrepidez y todo cedía delante de